

*Allá en el retiro las almas á solas
Bien se delatan:
Aquí del gran mundo las tórbidas olas
Mal nos retratan*¹.

1 Marc., VI, 31.

FÁBULA XII

El Niño Llorón.

En casa de unos señores,
Y ganando una friolera,
Sirviendo está de niñera
La pobre muchacha Inés.
Y, como el cargo lo indica,
Hacer que no lllore el Niño,
Solazarle con cariño
Su afán sempiterno es.

Mas ¡ay! que el Infante bello
Es un becerro que brama:
En vano al *Cancón* se llama,
En vano se llama al *Bu*;
Que la misma Inés no sabe
Si aquel Niño es una fiera,
En dándole la perrera,
Ó es el mismo Belcebú.

«¡Uál ¡uál!» si le mece;
«¡Uál ¡uál!» si le canta;

Y si, cual suele, le espanta,
El Niño es un puerco espín.

Una vez que no sabía
Qué hacer la pobre Zagala,
Y corre de sala en sala
Por callar al Benjamín,

No sé si fué por acaso
Ó voz de su Ángel Custodio,
Se paró junto á un *melodio*¹.
Que estaba abierto al azar.

Y ocurriéndole esta maña,
En lance tan extremado,
Recorrió todo el teclado,
Pisando el fuelle á la par.

¡Oh fortuna! ¡Oh maravilla!
Del suave són al encanto,
El Niño sosiega el llanto,
Cierra los ojos después.

— «¡Dormidito! ¡quién creyera.
¡Qué feliz descubrimiento!
En llorando, al instrumento
Me acojo.»—(murmura Inés.)

¹ Más comúnmente *melodium*.

Con efecto: una mañana
En que el Nene se aperrea,
Inés le lleva, y teclea,
Juzgando callarle así.

Mas, apenas se oye el eco,
¡Oh suerte varia y maldita!
El Rorro se desgañita,
Si no lo apartan de allí.

Y acuden la madre y todos,
Y se alborota la casa.....
— «¿Qué es eso que al Niño pasa?
¡Algún pellizco! ¿es verdad?»
— «¡No, por cierto!»—Y la Niñera
Refiere el caso en su origen;
Mas ¡nada! todos la afligen
Y la acusan sin piedad.

En esto llegó don Cosme
(Que es de música el maestro),
Y en estos lances más diestro,
Dió al enigma solución.

— «El caso es este, señores
(Dice en tono de Ministro):
La culpa está en el *registro*,
Dad á Inés la absolución.

Si en aquel primer tecleo
Topó Inés con el flautado,
El Niño, así regalado,
Se durmió: no es de admirar.

Mas si ahora, por lo visto,
Como bronca artillería
Sonó la lengüetería ¹,
El Niño debió rabiarse.»—

Por tanto, Lector amable,
Sin las ínfulas de viejo,
Voy á darte un buen consejo,
Y espero lo guardes fiel:

*Si amansar las iras quieres
Del que se atufa y patear,
Tú has de ser todo jalea,
Almíbar, jarabe y miel.*

*Que, si respondes con fieros
Al que fiero te provoca,
Y el hierro con piedra choca;
Saldrá fuzgo y es peor.*

1 Registro de los sonidos más fuertes y bróncos

2 Prov., XV, 1

*En suma, si se pretende
Rendir la cólera impía,
No uséis la lengüetería:
Flautado será mejor.*

FÁBULA XIII

La Víctima Verdugo.

Un severo Monarca ¹
Hubo en lo antiguo
Que tal condena puso
Al asesino:

¡Llevar á cuestras
El horrendo cadáver
La vida entera!

Con sistema tan raro,
El buen difunto
De Víctima pasaba
A ser Verdugo.

*En la conciencia,
¿No sucede lo mismo
Cuando se peca?* ²

¹ Rey de Mesenia.

² Prov., XII, 18.

FÁBULA XIV

La Ventanera.

Era hermosa mujer la doña Juana,
Y de mucho caudal; pero tenía
El achaque, el desbarro, la manía
De estar siempre asomada á la ventana.

Cuanto ocurre en la casa más lejana
No se esconde á su atenta policía;
Mas con esto la pobre no sabía
Lo que pasa en la suya ¡tan cercana!

Todo en ella es desórdenes y olvidos:
En fuerza de lo cual, á competencia,
Le robaban sus bienes más queridos.

*Luego el alma que pasa su existencia
Asomada al balcón de los sentidos,
Recoja esta lección de la experiencia* ¹.

¹ Ephes., IV, 17.

FABULA XV

El Perro y el Gazapo.

En un bosque apartado
Moraba un Perro,
En la caza muy ducho,
Horrible, feo.

(Que mucho importa
Indicar su figura
Para esta historia.)

Fué caso que el maldito,
De allí distante,
De conejos vislumbra
Copioso enjambre,
Que alegre salta
Por todo aquel recinto
Sobre las matas.

Y con rabia los mira,
Como al soslayo,
Sin correr á su encuentro
Ni dar un paso;
Mas gruñe y ladra,

Y enseñando los dientes,
Se le hacen agua.

En esto, presuroso,
Levanta el brinco;
Y ¡zas! ya está en su boca
Un Gazapillo,
Que en vano grita:
De toda su falange
Nadie le libra.

— «¡Malvado! (clama el Triste
Entre las ansias):
¿Por qué en mi carne sólo
Tu diente clavas?
¿No tienes cerca
Conejos tan rollizos
Como terneras?» —

— «¿No ves (replica el Perro)
Que estoy atado?
¿Que al largo de mi cuerda
Tan sólo cazo?
¡Ah! de otro modo,
¿Quién quedara con vida
En el contorno?»

La culpa es tuya toda,
Pues me buscaste;
Así, sin más retóricas,
Muere al instante.» —
Murió en un verbo.
¡Ojalá que su historia
Traiga escarmiento!

*¡Ay! De muchos cristianos
El fin es este!
Atado está el demonio,
Ladra y no muerde;
Mas quien le hurga,
Brindándole ocasiones,
Muere en sus uñas.*

1 S. August.

FÁBULA XVI

Los Ladrones disfrazados.

Dos ó tres Malhechores,
Del gremio los más finos,
Hallando bien guardados los caminos,
Disfrazarse resuelven de señores,
En ánimo de hacer por los estrados,
Con ganancia más cierta,
Lo que no era posible en despoblados
A cara descubierta.

Con tal fin, de elegantes baratijas.....
Lentes, guantes, corbatas y sortijas,
Cadenas de reloj y otros arreos,
Se equiparon muy bien los muy truhanes.
Y, fingiendo corteses ademanes,
Con muchos contoneos,
Lanzáronse, ocultando el artificio,
A visitar al joven don Simplicio.

Este sandío Galán, que ve en su casa
Figurines tan bellos,
Sin pararse á indagar quiénes son ellos,
Al estrado los pasa
Con mucha cortesía,
A la vez que decía:
«No hay temor: son sujetos bien portados:
¡Ellos son, cuando menos, potentados!»

En esto los Bribones
Derechitos se van á los doblones:
Rinden puertas, cajones y cerrajas,
Acopian las alhajas;
Todo cede al momento
Al hidrópico afán de oro sediento:
Al flemático Dueño, que escamotan,
Con agudos puñales acogotan;
Y, el despojo fatal llevando á cabo,
El Huésped expiró sin un ochavo.

Ahora bien: si este pánfilo parece
Por llevarse de cómica apariencia,
¿Qué escarnio no merece
El cristiano que rinde su conciencia
A fiera tentación enmascarada,
Con galas de virtudes adornada?

*Nadie debe ignorar que, en ocasiones,
El mismo Satanás, que el daño inventa,
Cual lo afirma el Doctor de las Naciones,
Como un ángel de luz se nos presenta*¹.

¹ II ad Cor., XI, 14.

FÁBULA XVII

Tirios y Troyanos

Al huerto vecino
De espesos naranjos
Se van en caterva
Los Chicos del barrio.

Paquillo es el jefe
(Que es hijo del amo),
Travieso, maligno,
Quien cobra el barato.

Por ende, una tarde,
Corriendo y brincando,
El pícaro asesta
A otro un naranjazo,

Gritándole:—«Apunten... ..
¡Fuego! ¡prum! ¡abajol!»—
Y en mal hora tuvo
Tan bélico rasgo;

Pues todos le imitan,
Proyectil en mano;
Y traban la lucha
Tirios y Troyanos.

—¡Traidores!—¡Al arma!
—¡Prum! ¡prum!—¡Cañonazo!
—¡Coged municiones!—
Gritan los dos bandos.

—¡Vengan proyectiles!—
Y, en muy breve rato,
No queda en el huerto
Con fruto ni un árbol.

En esto aparece
Colérico el Amo;
Y escúrrense todos
Más listos que galgos.

Paquillo es quien queda
Gimiendo y llorando:
—«¡Ay, Padre, yo sólo
Fuí uno de tantos!»—

—«Mas fuiste el primero:

Te vi desde el alto;
Así, tus costillas
Lleven todo el pago.»—

Y, ¡zurra que es tarde!
Á coces y á palos,
In sólidum paga
Todo el descalabro.

*De un pésimo ejemplo
Vendrán mil pecados;
Mas ¡ay del inicuo
Que puso el escándalo!*¹

¹ Math., XVIII, 7.

FÁBULA XVIII

El Barquero.

Surcaba, al remo, la corriente altiva
La barquilla que á Antón lleva por dueño;
El cual, rendido de bogar, esquivo
El remo, y fácil entregóse al sueño.
Obrando entonces la corriente viva,
Arrollando hacia atrás el frágil leño,
Cuando Antón despertó vió con coraje
Que se hallaba al principio del viaje.

*Lo mismito se nota
En el cristiano
Que en la vida devota
Se para ufano:
En él, por eso,
Si no marcha adelante,
Hay retroceso*¹.

¹ San Ambrosio.

FÁBULA XIX

El Doblón y el Guiñapo.

«¡Oh desgracia, oh baldón! ¡Oh qué tormento!
(Gritaba sin cesar junto á un Guiñapo,
Un brillante Doblón, que á parar vino
En sucio muladar por sus pecados).

»¡Yo, que soy tan cabal y tan precioso,
El ídolo del mundo, el soberano.....
Con este andrajo vil por compañero!....
¡Quita allá, que me apestas, con mil diablos!» —

Y tan crueles insultos, y mayores,
El Guiñapo sufrió, siempre callando:
Esperaba tal vez que la fortuna,
En su rueda fatal, le alzase en alto.

No tardó; pues á poco, del trapero
Hélo ya en el morral con otros trapos.
De allí pasó á la fábrica, que al punto
Le convierte en papel: y á pocos pasos,

Con ciertos numerillos que le imprimen,
Me lo tornan billete de mil francos.
—«¡Yo bendigo (gritó) á la Providencia,
Que no olvida en su afán ni á los harapos!

Ahora (añade) que venga el Doblonzuelo,
Y se asombre al notar lo que yo valgo.» —
Y vino sin tardanza; que el perdido
Corría ya otra vez de mano en mano.

Y, según lo refieren viejas crónicas,
Á cruzar con aquél vino en un cambio,
En el cual, á docenas, los doblones
Entraban por valor del ex-Andrajo.

Éste vióle al pasar, y «¡Hola! (le dijo)
No se escurra tan serio, señor guapo:
Reconozca que vale mucho menos
Que aquel socio que, un tiempo, os daba asco.

No por esto se amosque ni se atufe:
Que mi objeto es tan sólo decir claro
Á todo el que, cual vos, desprecia..... juzga.....
Sin saber qué será, pasado un rato,

Que al futuro se atenga; porque es fácil

Que se vuelvan las tornas, ó que, al cabo,
Al mismo á quien condena por sus crímenes
Venere en un altar como un santazo.» —

¡Bravo! ¡buena lección! No dijo menos
La péñola inspirada de San Pablo:
*«Hasta tanto que venga el Fuzz Divino,
Nunca juzgue el católico á su hermano»*¹.

¹ 1 Cor., IV, 5.

FÁBULA XX

El Loro y el Grillo.

Érase un Loro maldito,
Que se gloriaba de santo,
Porque siempre era su canto
El Santo Dios y el Bendito.

— «¡Calla, necio, y no echés plantas
(Dijo un Grillo) ni te alabes;
Pues si cantas lo que sabes,
Nunca sabes lo que cantas!» —

¡Y tuvo razón el Bicho!
Y aun sus tiros se enderezan
Á esos que rezan y rezan
Sin saber lo que se han dicho.

*Pues la cristiana Oración
Jamás se remonta al Cielo
Si no le prestan su vuelo
La mente y el corazón*¹.

¹ Eph., VI, 18.

FÁBULA XXI

El Mastín y el Lobo

Un Mastín, perro fiero,
Cansado de servir en el apero,
Con un Lobo se aduna,
Esperando lograr mejor fortuna,
Prestándose el auxilio mutuamente
El Lobo astuto y el Mastín valiente.
Y con esto, lector, queda asentado
Que ambos eran terror del monte y prado;
Pues, si el Lobo rapaz la caza prende,
El Mastín de otros perros la defiende.

¿Quién puede enumerar cuántos consejos
Al Perro daban los mastines viejos,
Mirando con dolor que se perdía
El triste con tan mala compañía?
Pero nada consiguen;
Y, uña y carne, los dos viviendo siguen.

Ya, después de causar atroces daños,
Corridos muchos años
En tan pérfido y bárbaro manejo,
El infame Mastín llegó á ser viejo:

Cayéronse sus dientes; su ladrido,
Ronco y sin fuerzas, ya no fué temido;
Y sus pies y sus manos
Dejaron de correr por monte y llanos.
¿Qué hace entonces el Lobo carnicero?
Encontrando tan nulo al compañero
Para todo servicio y mutua ayuda,
Le habló así con su lengua puntiaguda:
«Bien conoces, Mastín, que de esta suerte
No es posible evitar segura muerte.
Mucho aplaudo tus bellas intenciones;
Mas no pudiendo ya con los calzones,
Ni acertando á prestarme algún servicio,
Te aconsejo que busques otro oficio.
Conque ¡agur! Yo te dejo: á mi partida,
Ya puedes enmendar tu mala vida.»
Y diciendo y obrando, volvió el rabo,
El divorcio fatal llevando á cabo.

En esto se presentan los pastores
De aquellos asolados alrededores,
Que, en armado tropel, enfurecidos,
Buscaban á los pérfidos bandidos:
Hallan solo el Mastín, y «¡Tente, perro!»
Exclaman á una voz, blandiendo el hierro.

Entonces el hipócrita se humilla,
Gime, llora, doblando la rodilla;

Protesta que la vida ha reformado,
Vencida la ocasión de su pecado,
Alejando de sí la horrible fiera
Que á tan inicuos pasos le trajera.
Y aun promete vivir en adelante
como el monje más puro y observante.
«¡Ah, bribón! (le responde la patrulla):
¿Ahora vienes hablando de cogulla
Cuando, al verte ya fuera de combate,
El Lobo te abandona hecho un petate?
Tu cambio se adivina muy de lleno;
Mas no poder ser malo no es ser bueno.
Así paga, con súbita venganza,
Tu cierta culpa y tu falaz mudanza.»
Y con palos y chuzos se avanzaron,
Y al protervo Mastín despedazaron.

Mas ¿qué es eso? ¿La fábula es completa?
No, señor; aún le falta la coleta:

*Si sigues pecando así
Hasta la vejez, Menguado,
Tú no dejas el pecado:
Él es quien te deja á ti.
Por tanto, si desde aquí,
Que aun eres joven robusto,*

*De pecar no tomas susto,
Es temible que tus yerros
El Cielo castigue justo
Con una muerte de perros ¹.*

¹ Ad Hebr., XII, 7

FIN DEL LIBRO SEGUNDO